

**Felipe García Quintero,**  
***Siega***  
**La Paz, Plural Editores,**  
**2ª. ed., 2017, 90 p.**

*en tanto me siento al borde de mis ojos  
 para asistir a la entrada de las imágenes*  
 Huidobro

En *Siega* de Felipe García Quintero, la voz poética asiste a lo que va entrando en sus ojos, para luego salir por sus palabras. A diferencia del poeta chileno citado, no hay en ello una pasividad sino una contemplación, una mirada no solo atenta sino solícita. En esos ojos hay pensamientos. No están antes del encuentro con lo que ve, con lo que piensa, pues es justo en el tropezar de uno con lo otro que el lenguaje ocurre. Así, toda la percepción sensorial sigue la pauta de lo mirado y hacia allí enfilan su apertura; luego, la elaboración toca, palpa, saborea u olfatea, categoriza, nombra y, al hacerlo, juntos crecen lo mirado y sus nombres.

### **Recibir imágenes**

Lo mirado proviene del simple mundo de la hierba, los caballos, o el entorno, pero ya la voz advierte “Lo que miras no hace el paisaje de tus ojos”. Entre aquello que existe por fuera de la mirada y los ojos mirantes no hay mimesis, o reproducción; no hay

verificación posible. Lo que hace a los ojos será un lento acceso o puente entre la cosa en sí y el lenguaje que la visibiliza, la sitúa, le da cabida. Paralelamente, la palabra aguarda su tiempo detrás del silencio; silencio que forma las cavernas del pensar: “Montaña de solo aire el pensamiento donde el silencio se despeña”. Para llegar al lenguaje falta todavía trecho. Primero hay que fijar la pupila y con ella al sujeto que mira. Después, la torpeza del tacto que “va tras ello. No sabe lo que persigue”. Ni mirada ni tacto son suficientes para detener lo mirado, para situar al sujeto que mira. Hace falta seguir atento.

Poco más adelante tal paso sucede, se verifica que “la hierba, bajo la lluvia, es mirada” y en ello se cifra “la más terrestre esperanza”... ¿de qué?, ¿de sujetar, de situar, de encontrarse en lo mirado? ¿O esperanza de asistir a lo existente sin nosotros, ni ojo ni palabra necesarios? Quizás la sabiduría de los ojos resida en los pliegues, en los entrelugares que atraviesa precisamente sin situar, ni nombrar ni significar, todavía. Quizás todo ojo sepa que “sobra cuerpo donde mirar” y que en el alcance de la mirada “todo cabe y crece”, sin embargo el ojo agotado en su fijeza se mueve, se transporta para detener las imágenes que le llegan y los pensamientos que se acumulan. Así, debe la palabra tejer la unión

o el camino entre lo percibido y lo que irá a nominarse.

### Decir lenguaje

Si oímos atentos a la voz que nos guía en este libro, sabremos que no estaba sola en su sonido, pues “mi voz escuché en el gemir de la cabra solitaria”, afirma el poeta colombiano, y con ello concentra más aún su lugar de acogida y de espera-esperanza a eso que lo rodea y que en su voz habla. Pero cuando, pacientes, estamos seguros de empezar a oír esa voz, o esas palabras, sorprendentemente lo que sucede es o un silencio o un desvío que nos hace oír a quienes no esperábamos, a los muertos. Si las cosas siguen en su latente vida, si “la fresca hierba, el cálido viento adentro, aún gravitan de la voz que los llama”, esto sucede “sin nombre ya, es cierto”, leemos. Ante las cosas no hay un lenguaje que proceda sino una mueca de boca vacía o silenciada que llama ya sin nombre, y va al encuentro con lo que lo rodea y con lo que lo habita. ¿Quién es ese que acude sin palabras ni armadura, al encuentro con lo que existe? La respuesta puede conmovernos, pues se dice que “los muertos no desisten de hablar”; es más, tampoco desisten de escribir: “incluso, su muerte misma en nosotros, todo el aire de sus pensamientos”.

Quizás el eco nos lleve hasta

el poeta boliviano Camargo, para socorrernos ante tales relaciones, para decirnos que la voz de los muertos estuvo antes de la propia y para advertir que es desde allí desde donde laten la pulsión del deseo y la escritura. Si el hombre vivo silencia su voz ante la viva hierba, hay en su silencio muchas voces, no sólo de lo circundante sino de los muertos que en él hablan y encauzan su irrefrenable pensar.

Y quizás por todo eso, la voz nos interpele: “interrumpe mi silencio, la manera de callar que soy”. Tras esa solicitud está lo vivo pidiéndole a la muerte un sentido; está la voz demandando a lo vivo estar frente a él para poder decir-pensar-percibir hasta callar, en un movimiento en reversa que culmina en el silencio que se es. Un camino en reversa que acaba no en la plenitud de lo dicho, de lo visto ordenado o del sujeto situado, sino en el desacomodo de ir hacia y estar frente a, pero callado desde la muerte siempre hablante y el pensamiento siempre aéreo.

¿Somos palabra en cuanto la alarma de alguien, siendo ante nosotros, interrumpe la voz eterna de la muerte, deteniendo en ese gesto el paso del tiempo, abriendo así el silencio, la gratitud o el enigma que anteceden a un nombre?

### Un camino (algo buscado “con todos mis animales”)

Leemos el poema 9: “Encontrar un camino diferente del tiempo o la piel./ Una ruta distinta, otro cuerpo, tal vez, que abra el día y lo recorra, sin aliento”. Esta búsqueda tiene asidero después de lo rastreado. ¿Cómo nominar sin piel y sin temporalidad?, ¿cómo nombrar sin prejuicios y sentidos dados por certeza?; es decir, ¿cómo nombrar sin muerte, pero sin aliento a la vez?

Las preguntas no cesan, tal vez una de las más hermosas sea la que intuye: “¿Si oída el habla en el plato vacío, solo el eco de callar nos sacia?” Porque en esa palabra no pronunciada está “la dispersión de lo que amas”, dijo un día el poeta Oscar Cerruto. Y esta palabra no dicha, en García Quintero, nos conduce al eco de callar, al eco de estar saciados. ¿Será que también las cosas y los seres se están y son su silencio?, ¿será la vida fluyendo en su florecer y no el tiempo pasando ni la muerte muriéndonos ni el pensamiento agotándonos... será esa la manera de también ser entre lo demás?

La voz desea un camino, una senda a tropezón contra el monte; no el mapa, no la luz acallando las sombras. “Así, todo cuanto la voz toca es visto para decir el camino de lo que un día fue nube”, pero sin por ello detener o dar orden

a esa efímera forma, pasajera en la mirada, y evanescente entre las letras. Decir el camino de lo que fue nube, hay que precisar, no es decir nube o ser nube, sino dar a esa nube su condición de trayecto, lo que hace el pensar o el nombrar.

Quizás, intuyendo ese deber o potencialidad, la voz avanza: “Es tiempo de entregar el cuerpo al camino desolado del habla, tantas veces dicho, otras más olvidado por la lengua que pronto será un poco de fuego en el incendio nocturno de la rosa”. No queda sino desatar el nudo de la visión y de lo hablado; no queda sino decir con un lenguaje ya dicho y ya olvidado. Tal vez, porque en el decir de cada poema, en ese decir otra vez, también es el camino del lenguaje lo que se traza, lo que dice su propio decir o da cuenta de su propio darse cuenta.

Al final del trayecto que esta escritura nos permite transitar, corren paralelos dos milagros: por una parte, “ahora, de los labios cerrados, la fresca hierba renace”; por otra, se constata que “porque hemos hablado parece habitado el mundo”. Seguramente, las cosas y los seres habitan y crecerán sin nosotros mirándolos o nombrándolos, pero es solo en la osadía de nombrar su trayecto que ha sido anclado su movimiento. Toda la vida sigue siendo. Todo el lenguaje ha dotado de sitio a los habitantes del mundo, constatando

con ello su paso por aquí, su sentido. Y aunque un día la muerte reine llevándose las cosas a su silencio o el hablante calle habitando también su propio callar, por unos hermosos momentos todo ha sido. Alguien lo ha mirado ser, lo ha pensado. Alguien ha dicho: sé que viviste, en la más efímera de las formas o en la más sólida, siendo tú, y así, y por ello, abriré nuevamente mis ojos a tu paso por la vida. Eso se agradece.

*Mónica Velásquez Guzmán,  
Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia*

**Santiago Vizcaíno,  
Complejo,  
Buenos Aires-Quito, La  
Caída Editorial,  
2017, 115 p.**

Voy a empezar atendiendo algunos datos intertextuales para ubicar la genealogía literaria de esta *nouvelle*. Como es sabido, la intertextualidad indaga en la relación que un texto mantiene con otros, ya sean contemporáneos o anteriores; de modo que el conjunto de textos con los que se vincula explícita o implícitamente constituye un tipo especial de contexto, que influye tanto en la producción como en la comprensión del discurso.

A pocas páginas de iniciado el relato, el narrador, recién llegado a Málaga, confiesa: “traigo una novelita de bolaño que pesa como una biblia. Traigo en mi mente una noche inmensa del siglo XVI que parece que la hubiera vivido”. Esta declaración de equipaje cultural-literario –para apelar al argot aduanero-migratorio– es altamente reveladora y me parece que cifra una de las claves culturales desde la que podría leerse el texto. Vamos a ver: “la novelita de bolaño”, según confiesa de su autor, es la poliédrica, colosal y póstuma *2666* (2004), tour de force para todo los bolañistas que han sido y serán en